

Nada impide que sueñes. Con un poco de mármol
construirás gigantescas estatuas y palacios.
Nada impide que sueñes. Lo esencial es que el sueño
se modele en las yemas de tus frágiles dedos».

Así con la vida entre los dedos, como si fuera un extraño
juguete de risa y lágrimas va diciendo el poeta su claro mensaje.
Artes de que desaparezca en su horizonte de sueños, dejémosle
decir su «Desvelo».

«En el muro los ojos he clavado
y en mis pupilas habitó un desierto.
Pulso febril en el paisaje muerto.
Ansias de ver el muro atravesado.
¿Quién habita detrás del muro helado?
¿La verdad, la mentira, el desconcierto?
¿O hay otro ser, que como yo, despierto,
el mismo interrogante ha modulado?
Me despego de pronto de este infierno.
La penumbra en el aire se deslía
con la presencia de ese niño tierno
que nace con la noche que se hunde,
y el espacio en el día se sonríe
y la duda en el sueño se confunde».

■
<https://doi.org/10.29393/At267-23FMAT10023>

LA FILOSOFÍA MARXISTA Y LAS CIENCIAS, de J. B. S. Haldane

J. B. S. Haldane es hijo de J. S. Haldane. El padre, que murió en 1936, hizo valiosas aportaciones al campo de la Fisiología y demás Ciencias Naturales. El hijo, especializado en los temas de Genética y Evolución, viene escribiendo luminosos ensayos desde hace veinte años. Ambos Haldane son autoridades de pri-

mer rango para el que quiera entregarse con provecho al grato folgar especulativo en torno al valor trascendental de la Ciencia.

J. B. S. Haldane escribió «La filosofía marxista y las ciencias» en 1938, tras unas conferencias dadas en Birmingham sobre el mismo tema. Llevaba un año de marxismo consciente—no sé si «militante»—y toda una vida de creciente y depurada filosofía materialista.

En este libro sólo he hallado dos motivos de disentimiento: el título, innecesariamente restringido, y la reiterada declaración de fe marxista en que incurre el autor. No, este corto y sustancioso volumen tiene mayores alcances de los que entraña el título. Y el Hombre J. B. S. Haldane goza de un horizonte mental demasiado dilatado para que pueda ser recluso en ningún sistema filosófico cerrado, siquiera sea tan flexible y universal como el que se inspira en Marx y Engels. Los marxistas que sean capaces de ser honrados correligionarios de Haldane ya pueden aprestarse a defender su inevitable heterodoxia, tan fecunda como plausible.

El libro de Haldane está pensado por un hombre profundamente versado en las ciencias. Y la preocupación dominante del autor al escribirlo—después de «pronunciarlo»—ha sido la de buscar en el acervo científico contemporáneo los puntos de referencia, los hechos controlados, las nuevas perspectivas que proporcionen un sólido fundamento objetivo al pensar filosófico y político. No censuramos a Haldane su declarado propósito de limitarse a fundamentar de nuevo el materialismo marxista sobre las bases de la ciencia de hoy, o, si se quiere, a examinar la ciencia de hoy a la luz del marxismo. Lo que importa en este libro y en Haldane es la evidencia de que existe una fuerte alianza entre la ciencia contemporánea y determinada filosofía, ésa que Haldane llama «marxista».

No riñamos por cuestión de nombres. Que cada cual llame como quiera a la filosofía que van destilando las ciencias de estos lustros. Sí me importa declarar que Haldane da en el clavo.

mi modo de ver, cuando nos recuerda el movimiento y la mutación constantes de todo cuanto existe: especies animales y vegetales, átomos y galaxías, ideas e instituciones. Esta adquisición definitiva de la ciencia contemporánea (¡y del marxismo, justo es decirlo!) jamás será suficientemente comentada y aprovechada. Insistamos: no sólo cambian las especies, sino los mismos elementos químicos: el que hoy es plomo ayer era radio, y el átomo íntegro de hoy puede perder electrones mañana. Pero además: los procesos de radiactividad pueden no ser uniformes, la luz puede envejecer y cambiar de ritmo, la materia viva puede acelerar acá su metabolismo y entorpecer allá su actividad. ¿Quién osará desconocer las consecuencias filosóficas de estos hechos?

Y otro aspecto de lo mismo, tan importante para la ciencia como para la filosofía: la inexistencia de compartimientos estancos en la naturaleza, la ausencia de líneas divisorias fijas, la continuidad fundamental de todo lo creado, pese a la noción de individuo, pese a las aristas de los cristales, pese a los electrones individualizables, pese a los vacíos (?) interestelares, pese a los genes, pese a los fotones y a los cuantos de energía y a toda esa serie de unidades discretas con que el mundo se nos ofrece a primera vista. Además, un ente cualquiera (reloj, ratón) no es «individuo» ni es «máquina» ciento por ciento. Las ideas no son puro espíritu, ni el cerebro es pura materia. Las proteínas no son compuestos del todo inertes, como tampoco son típicos seres vivos. Las características adquiridas por el soma no se heredan; pero él, el soma, es en fin de cuentas tan «ambiente» como el impacto de un rayo cósmico en los cromosomas del plasma germinal, y este impacto (¡cómo aquel soma!) puede ocasionar una mutación heredable. No somos varones ni somos hembras en términos absolutos. No somos organismos ajenos al medio ambiente, ni somos—claro está—medio ambiente cuajado en organismos. No somos precisamente bestias, ni ángeles, ni hombres, ni dioses. No somos eternos ni percederos. No estamos vivos ni estamos muertos... ¡Y ay del que no sea capaz

de contemplar con serenidad y hasta con regocijo la coexistencia de tan tremendas alternativas! Ese, ése no habrá sorbido nada del succulento meollo que encierra la ciencia contemporánea.

El lector hallará finalmente en un capítulo dedicado a la Psicología sugestiva interpretaciones de Haldane, que el autor presenta como meras especulaciones personales. Tiene indudable valor ésta: «... los fenómenos mentales obedecen a ciertas leyes que no son análogas a las leyes de la física clásica, sino mucho más semejantes a las que gobiernan el comportamiento de las pequeñas porciones de materia a la luz de la mecánica cuántica». Las consecuencias de este atisbo pueden conducirnos lejos. Que el estudioso se asome a este volumen liberador, escrito sin afán proselitista sin intención polémica y sin empaque literario.—ALEJANDRO TARRAGÓ.



ESPEJO DEL PASADO, de *Samuel A. Lillo*.— Editorial Nascimento, 1947.

He aquí un libro de recuerdos personales, literarios. Período de la infancia del autor, días de colegio, veladas familiares y nacimiento de una fuerte vocación literaria. La vida en las Academias, la interesante labor en los Ateneos y rápidas impresiones acerca de los libros del autor completan el índice de esta obra, trazada con mano ágil, en lenguaje sencillo, sugerente.

«Espejo del pasado» tiene valor de animado archivo de la vida literaria nacional. En sus páginas desfilan los escritores de la hora actual a excepción de los más jóvenes. Nada escapa: la memoria. Hasta las más recientes andanzas de algunos escritores han sabido merecer su anotación emotiva. Mariano Latorre, Augusto D'Halmar, Luis Durand, Domingo Melfi, Pablo Neruda, Milton Rossel y muchos más, son citados con palabras de admiración, ahondando, a veces, en el detalle que puede definirlos.